

Reseñas

ciones con el grupo de reformadores, hebraístas y biblistas, Servet fue dando forma a su pensamiento condensado en el *De Trinitate erroribus libri septem* (1531) y *Dialogorum de Trinitate libri duo* (1532), que escandalizó a los propios reformadores y desencadenó la persecución inquisitorial en territorio del Imperio. A partir de entonces Servet camufló su identidad bajo el nombre de «Miguel de Villanueva» y se instala en la Universidad de París, donde conoció Juan Calvino, entonces joven estudiante perseguido por las autoridades de la Universidad por sus ideas sobre la justificación. En 1535 el prófugo aragonés decidió refugiarse en Lyon.

En Lyon Servet trabó amistad con Pagnino, fraile dominico y experto hebraísta, y con el célebre humanista Champier que le facilitó el retorno a la Universidad de París. Allí volvió el aragonés para estudiar medicina, destacando en las prácticas de disección y conocimiento de medicina galénica. Investigó la circulación de la sangre en colaboración con Versalio y, aunque no está claro que Servet fuera su descubridor, fue el primero en describirla en su obra teológica *Restitutio* (1553).

En una aldea cercana a Lyon Servet pasó doce tranquilos años sirviendo como médico al obispo de la Vienne del Delfinado. A la sombra de un seudónimo y del palacio episcopal, preparó la mayor parte de su obra anticatólica sin darse cuenta de que estaba firmando con ello su sentencia de muerte. Lo curioso del caso es que fue Calvino quien –instalado ya en Ginebra y tras tener noticia de la *Restitutio*– logró por medios indirectos que la Inquisición católica francesa le procesara y encerrara. Servet fue tratado entonces con benevolencia y aprovechando las garantías que le daban para aliviar sus necesidades fisiológicas huyó un buen día saltando las paredes del jardín. Sin embargo a los pocos meses fue reconocido en Ginebra, procesado por un tribunal sometido a la autoridad de Calvino y quemado a fuego lento la mañana del 27 de octubre de 1553. Aunque se deslizaran acusaciones de sedición

política, los motivos de su condena fueron religiosos alegando el viejo decreto de Justiniano, puesto en vigor en la dieta de Spira (1529), según el cual eran reos de muerte los adversarios del dogma de la Trinidad y del bautismo infantil.

La colección documental que se nos ofrece reúne cartas, testimonios de diverso tipo y las actas de los diferentes procesos en los que se vio involucrado Miguel Servet, desde el proceso de París de 1538 hasta el de Ginebra de 1553. Cada documento viene precedido por una nota indicativa de su procedencia, y se ponen en cursiva los textos originales que escribió Servet en latín o francés, con su correspondiente traducción al castellano. Cabe felicitar a la editorial Larumbe por esta feliz iniciativa que, gracias a la aportación de Ángel Alcalá, será un punto de referencia de la investigación histórica sobre este complejo personaje del que quedan aún tantos puntos oscuros que esclarecer.

A. Fernández de Córdoba

Fray Rodrigo de VALDEPEÑAS, *Libro del principio, fundación y prosecución de la Cartuja de Granada. (Y noticia de algunos de sus preladados)*, transcripción del manuscrito, introducción e índices por Beatriz Esteban Muñecas; traducción de los textos latinos por Salvador Sandoval; fotografías y planta del estado actual de la Cartuja de Granada por Gerardo Cosa Orenes, *Universitat Salzburg («Analecta Cartusiana»*, 199), Salzburgo 2003, 305 pp.

La incorporación del Reino de Granada a la Corona de Castilla, con que culminó la Reconquista en España, trajo consigo un esfuerzo por cristianizar su población y el propio aspecto de sus ciudades y pueblos, hecho que motivó la fundación de conventos y monasterios, entre ellos la cartuja de Granada en 1515.

Su nacimiento partió de dos voluntades: la de la comunidad de El Paular, y la de don Gonzalo Fernández de Córdoba, el «Gran Ca-

pitán». Aquella planteó ya en 1458 la posibilidad de erigir un nuevo monasterio en tierras de la corona de Castilla gracias a la base económica con que contaba. Sin embargo, diversas circunstancias fueron soslayando el propósito hasta que en 1506 surgió la oportunidad de hacerlo cerca de Zamora, donde se comenzaron las tareas hasta que, ante nuevos inconvenientes, los monjes abandonaron el lugar. No obstante, el deseo de realizar una fundación se unió al buen ánimo del Gran Capitán, quien quería levantar un templo dedicado a la Virgen María y era muy devoto de la Orden de San Bruno. Después de llegar a un acuerdo, ambas partes eligieron en 1513 el sitio para el nuevo monasterio, en el alto del pago de Aynadamar, cerca de la ciudad de Granada. A continuación, los duques de Terranova (Gonzalo Fernández de Córdoba y su esposa doña María Manrique) donaron el sitio con este fin y luego se obtuvieron las licencias oportunas. Las obras se iniciaron poco después y se fue haciendo lo necesario para la dotación y el abastecimiento de aguas, pero en 1515 los cartujos comenzaron a observar varias dificultades y se plantearon trasladar la fundación a otro punto más conveniente, algo más abajo. El Gran Capitán se sintió molesto por este parecer y no lo aceptó, de tal manera que dejó de colaborar en las obras, ya que consideraba incumplido el pacto por parte de los monjes.

Así, pues, los cartujos abandonaron el sitio, que se llamó desde entonces «Cartuja Vieja», y se mudaron un poco más abajo, valiéndose casi sólo de la fuerza económica de la casa fundadora, y consiguieron una vez más las licencias y permisos necesarios. El nuevo monasterio, que sería siempre filial de El Paular, fue llamado en sus principios «Nuestra Señora de Jesús», pero tomó finalmente la advocación de «La Asunción de Nuestra Señora», al ser incorporado en 1545 a la Orden por decisión del Capítulo General. Su primer rector fue el escritor Dom Juan de Padilla, y su primer prior Dom Rodrigo de Valdepeñas.

Dom Rodrigo de Valdepeñas comenzó el interesante *Libro de la fundación desta Cartuxa de Granada y noticia de algunos de sus preladados*, también denominado *Libro del principio, fundación y prosecución de la cartuxa de Granada*, que permite conocer bien cómo se produjeron muchos acontecimientos de la fase inicial de esta casa; cuando narra él los sucesos tocantes a su persona, muestra siempre una grandísima humildad. Como autor, destaca asimismo por haber hecho una *Glossa deuota y christiana* de las *Coplas* de Jorge Manrique, que se pondrían después sobre la puerta de cada celda de El Paular, y que conoció muchas ediciones desde 1560.

Ahora, pues, nos hallamos ante la publicación del mencionado *Libro del principio, fundación y prosecución de la cartuxa de Granada*, una obra del mayor interés para acercarnos a los primeros tiempos de la misma. Beatriz Esteban ofrece en primer lugar una breve introducción y a continuación la transcripción del texto original, un manuscrito conservado en el Archivo Histórico Nacional (AHN, Clero, Libro 3611). En cierta manera, puede recordar a un «libro becerro», en tanto que, además de aportar las noticias históricas del origen y desarrollo del monasterio y de sus priores, con un estilo literario y un profundo fondo espiritual, expone casi a manera de cuadros la adquisición progresiva de las propiedades rústicas y urbanas por parte de la comunidad, que luego Beatriz Esteban se ha ocupado también de resumir en un cuadro final. Salvador Sandoval, por su parte, ha traducido los documentos latinos que contiene la obra, de tal modo que nos encontramos en esos casos ante la versión bilingüe. Resulta especialmente interesante y sin duda bonita toda la descripción de las obras realizadas para la conducción y distribución del agua al monasterio, así como las noticias relativas a los usos del agua en las propiedades rústicas que se fueron incorporando a su patrimonio. Es muy oportuno el índice alfabético que se añade en las últimas páginas. Puede echarse en falta en la edición, concretamente

para la introducción, cierta actualización de datos y una consulta bibliográfica algo mayor, pero ello no quita el mérito de haber publicado por fin un texto hasta ahora inédito y que es del mayor interés para la historia de la Orden de la Cartuja y de la ciudad y Reino de Granada.

S. Cantera Montenegro

Valentín VÁZQUEZ DE PRADA, *Felipe II y Francia (1559-1598). Política, religión y razón de Estado*, Eunsa, Pamplona 2004, XXII + 517 pp.

No tengo reparo en afirmar que nos encontramos ante un libro de historia que merece la calificación de extraordinario. No es frecuente que vea la luz en nuestros días una obra digna de ser incluida con todos los honores en el reducido ámbito de «la gran historia»; esa historia que se escribía en otros tiempos, cuando los estudiosos andaban menos agobiados por el vértigo de los acontecimientos y las premuras de tiempo; unos libros que marcaban con piedra blanca la bibliografía de una disciplina. El profesor Vázquez de Prada ha llevado adelante esa empresa científica, precisamente durante los últimos años del siglo xx y los primeros del siglo xxi.

El tema escogido reviste la máxima importancia para la historia de la Europa moderna: las relaciones entre España y Francia desde 1559 a 1598, en los años que separan el tratado de Cateau-Cambresis y la paz de Vervins. Se trata de un período que abarca casi en su totalidad el reinado de Felipe II en España; y en Francia las luchas religiosas, derivadas de los problemas que plantea la herejía calvinista, los «hugonotes», que penetran en los sectores más representativos de la sociedad contemporánea. Un período de la historia francesa que presenció la decadencia y la extinción de la dinastía de los Valois, hasta culminar en la victoria de los Borbones de Navarra, tras la conversión de Enrique el Bearnés. Un tiempo en que Felipe II se erige en campeón del catolicismo en Francia, y no regatea esfuerzos por asegu-

rar que la monarquía francesa siga fiel a la religión católica, mayoritaria siempre en el país vecino.

El complicado tablero político de Francia estuvo dominado por el peso que tuvieron los grandes protagonistas que hicieron su historia durante la segunda mitad del siglo xvi: los últimos reyes Valois, Francisco II, Carlos IX, Enrique III; los duques de Guisa y los representantes de las principales estirpes nobiliarias; y los grandes movimientos populares, en primer lugar la «Liga Católica». Y, durante treinta años, hasta su muerte en 1589, dominando la escena de la política francesa, Catalina de Médicis, madre de tres reyes, suegra de Felipe II y del futuro rey Enrique IV. Catalina mantuvo siempre que pudo una actitud tolerante frente a los hugonotes, a los que deseaba reconocer un alto grado de libertad religiosa, aunque tanto ella como la monarquía francesa permanecieran católicas. Las relaciones de Catalina con su yerno de España fueron siempre tensas, dentro de un clima externo de relativa armonía; unas buenas formas que no le impedían sostener las aventuras de su hijo menor, el Duque de Anjou, contra los Países Bajos ni apoyar abiertamente a los enemigos de Felipe II, cuando éste conquistó Portugal y se ciñó su Corona.

La postura del rey de España hacia el país vecino estuvo condicionada por una serie de factores. Felipe II se presentaba en primer lugar como el protector de la fe en Francia, frente a las ambigüedades de los reyes Valois y de la propia reina madre Catalina. El rey de España defendía sin fisuras la unidad católica y a los grandes campeones del Catolicismo, como los Guisa y la «Liga Católica». Pero hay también razones de Estado en su conducta, y en primer lugar la defensa de los Países Bajos ante Guillermo de Orange y los príncipes protestantes alemanes. En las últimas fases de las «Guerras de Religión», las tropas españolas de Flandes penetraron una y otra vez en territorio francés mientras que la Hacienda hispánica quedó exhausta por los gastos militares y los